

—¿Creería usted haberse librado de mí?

—¿Librarme de usted? No comprendo, milord. No huyo de usted, no huyo de sir Carlos, ni de nadie; simplemente, me aparto, me retiro.

—Yo hubiese estado en Nutley una hora después que usted, y tal vez una hora antes.

—¿Qué objeto le habría llevado a Nutley, milord?

—Decirle que, ahora que la conozco, Emma, no puedo pasar sin usted, y que con el título que usted misma quiera elegir, permanezca a mi lado.

El orgullo hizo estremecer mi corazón.

—Milord—le dije,—bien sabe usted que no hay más que un título que yo pueda aceptar del tío: es el que he rehusado del sobrino.

—Emma, ¿es la ambición lo que pone en sus labios estas palabras?

—No, milord, es la dignidad.

—¿No la aconseja nadie sobre la actitud que debe usted observar conmigo?

—Sí, por cierto, milord.

—¿Quién es?

—Uno sin cuyo consejo no puedo lealmente tomar ninguna decisión.

—¿Quién?

—Sir Carlos.

—¿Mi sobrino?

—Pase usted a ese cuarto, milord, y encima del bufete está la carta que él me ha escrito antes de salir de casa. Léala.

Sir Guillermo entró en el dormitorio, y segundos después volvió con la carta en la mano.

Apenas había tenido tiempo de leerla.

—Miss Emma—me dijo,—¿quiere usted dispensar el favor de aceptar por esposo a un hombre que nunca será sino su padre?

Las piernas me flaquearon; caí sobre un sillón; un frío sudor inundó mi frente.

¿Era un sueño?

El orgulloso sir Guillermo Hamilton, venido expresamente de Nápoles para desbaratar el matrimonio que yo estaba próxima a contraer con su sobri-

no arruinado, me ofrecía su nombre, su posición social, su fortuna.

—Milord—le dije,—aceptar de buenas a primeras una proposición tan espléndida, podría, más adelante, parecerle una sorpresa. Renuévela mañana, y le daré una respuesta.

—Acepto, pero a condición de que usted me la dé en la capilla del hotel, y de partir para Nápoles el mismo día.

—Mañana, seré yo la que obedeceré sus órdenes, milord.

—¿Permitirá usted, entretanto, que sir Guillermo, en calidad de amigo, pase la velada con usted?

—Rehusarlo sería, milord, privarle de la fortuna de arrepentirse.

—¿Cree usted que me aburriré?

—El embajador amigo de reyes, el sabio rodeado de lo más selecto de la sociedad, encontrará un interés mediocre en la conversación de la pobre pastora del ducado de Gales.

—Es usted como las princesas de nuestros cuentos populares, Emma; su madrina hubo de ser alguna hada, y usted suprimió una letra del nombre que le puso, para mejor conservar el incógnito. Usted no se llama Emma, sino Gemma.

—Milord, milord, está usted acostumbrado a hablar con una reina. No olvide que se encuentra en Londres, y no en Nápoles.

—Esa reina será una amiga, Emma; esa reina solicitará de usted lecciones de gracia y de buen gusto; esa reina, si usted quiere eclipsarla, se verá obligada a cederle su corona.

—¿Le da ella a besar su mano, milord, cuando usted le dice estas cosas?

—¿Por qué?

—Porque me siento dispuesta a hacer mi aprendizaje de virreina.

Y le tendí la mano.

Lord Hamilton la cogió y besó con el mismo respeto que le hubiese merecido la reina María Carolina.

—Con los proyectos que tengo para mañana—me dijo saludándome,—usted no extrañará si le digo que tengo muchos quehaceres. Permita, pues, que la deje, y resérveme la velada que me ha prometido.

Yo misma sentía deseos de encon-

trarme sola para darme cuenta de las sensaciones que agitaban mi alma. Hice a sir Guillermo una graciosa reverencia y le dije que lo esperaba a las ocho de la noche.

Cuando hubo salido, hundí mi cabeza entre ambas manos; parecíame que iba a estallar.

¿Tengo necesidad de describir la extraña situación en que me encontraba, y, por decirlo así, de deshojar los detalles a los ojos de mis lectores?

No. Conforme lo había adivinado, sir Guillermo Hamilton estaba locamente enamorado de mí. Me dejó a la una, embriagado, deslumbrado.

Al otro día, a favor de las licencias compradas por sir Guillermo para dispensar la publicación, un pastor protestante nos casó en una cámara del hotel transformada en capilla, sin ruido, sin pompa, sin otros asistentes que los testigos obligados.

Terminada la ceremonia, el pastor nos entregó a cada uno de los dos un certificado de su registro para dar fe de la validez del acto.

Esta vez, no era una promesa de matrimonio como la de lord Greenville; era una verdadera boda, secreta, pero válida.

El mismo día salimos para Nápoles, después de haber sir Guillermo dejado arreglados los asuntos de su sobrino y de nuestros hijos con la munificencia de un príncipe.

## XXX

Atravesamos parte de Francia, de Bélgica, de Alemania; nos detuvimos en Viena el tiempo preciso para que sir Guillermo pudiese ofrecer sus respetos al emperador José II, a quien había tenido el honor de ser presentado cuando, cuatro años antes, Su Majestad había venido a Nápoles de incógnito, sin acompañamiento y bajo el nombre de un simple gentilhombre. Después, salimos para Venecia, Ferrara, Bolonia y Roma.

En Roma, sir Guillermo decidió empezar a introducirme en la sociedad italiana. Sus investigaciones arqueológicas le habían llevado más de una vez, no diré a la metrópoli del mundo cristiano, sino a la capital de los Césares, y estaba en intimidad con las familias más distinguidas.

Llegamos a Roma a principios de la primavera de 1788.

Pío VI ocupaba la silla de San Pedro hacía trece años, y tenía de edad setenta y uno. El bello Angel Braschi, que, al ser nombrado papa en sustitución de Clemente XIV, había titubeado en ponerse el nombre de Formoso II, continuaba siendo el adorador de su propia belleza, y corrían las más ridículas versiones acerca de la admiración que a sí mismo se profesaba. Las malas lenguas, que hasta en Roma las hay, decían que Su Santidad debía alguna gratitud a esa notable hermosura, la cual no había sido ajena a su encumbramiento, al que había eficazmente contribuido el cardenal Ruffo, decano del Sacro Colegio, quien, según rumores, amaba al joven prelado con un amor cuyo semejante debía buscarse en la antigüedad y que no podía ser comparado más que al de Sócrates por Alcibiades.

Esta belleza, que había originado su fortuna, la impulsó y cimentó; y conste que hablo al igual que las malévolas lenguas de Roma. Habiendo Angel Braschi perdido a su protector, aspiró a reemplazarle por una protectora, y vino a ser el amante de la querida del cardenal Rezzonico, sobrino del papa, que le nombró gran tesorero, cargo que el bueno de Ganganello le quitó nombrándole cardenal. Es cierto que Clemente XIV no podía conducirse de otra suerte, por tener derecho al capelo cardenalicio todo gran tesorero de la Santa Sede al perder su empleo, justa o injustamente.

A nuestra llegada a Roma, se presentó una ocasión de poder ver a Su Santidad, que, según se sabe, *encuen-*

tra a las mujeres, pero no las recibe; en efecto, cuando algún ilustre extranjero o alguna noble dama romana deseara ver al Sumo Pontífice, manda pedir este favor a Su Santidad, el cual responde que en un día y hora determinados se paseará por los jardines del Quirinal, si es verano, o del Vaticano, si es invierno. La señora se encuentra el día y a la hora indicada, con Su Santidad, y recibe la bendición pontificia.

Pero, en mi condición de protestante, yo no podía ni siquiera esperar tal gracia, que debía alcanzar por un medio aún más sencillo.

Los directores del colegio de la Propaganda habían conseguido que Su Santidad asistiese a una de sus discusiones académicas. En su condición de embajador, fuéle a sir Guillermo sumamente fácil obtener dos asientos reservados, lo cual no nos puso en el caso de tener que esperar. Llegamos precisamente a la hora de empezar.

Apenas nos hubimos sentado, se produjo un prolongado murmullo anunciando la llegada de Su Santidad.

Confieso que mi curiosidad era muy grande.

Realmente, era difícil que hubiese otro anciano de tan correcto físico como el de Pío VI; sus blancos cabellos, que un tiempo fueron rubios, conservaban su graciosa ondulación; el cutis de la cara estaba demasiado remozado para no creer en algún artificio de tocador, pero los dientes eran preciosos y la mirada tenía singular vivacidad.

Aquel día, su mirada era quizás más viva y más acentuados los colores de su rostro. Circulaba por lo bajo el rumor de que Su Santidad acababa de sufrir uno de esos impulsos coléricos que eran el espanto de todos los que le rodeaban y que solía provocar el motivo más insignificante.

Pío VI había, para la solemnidad a la cual debía asistir, encargado a su sastre un hábito nuevo; pero el cortador incurrió en algunas ligeras imperfecciones que perjudicaban la regularidad de formas, de que tan orgulloso se mostraba Su Santidad. Censuró con acritud este vicio del que hizo responsable al pobre sastre, que se excusó

con toda humildad, sin conseguir, empero, aplacar la iracundia de su exigente cliente, de quien recibió una dura reprimenda. El miedo, más que el daño ocasionado, determinó un desmayo en el infeliz, del que no volvió sino después de una copiosa sangría.

Dió comienzo el acto. Todo marchó perfectamente durante las dos terceras partes de la sesión, pero, creyendo halagar al soberano pontífice haciéndole ver cómo la Iglesia extendía su influencia hasta las más apartadas regiones, los directores presentaron a un joven negro del Congo, y éste neófito cristiano empezó un discurso que me pareció de los más elocuentes, pero que, ya en el exordio, fué interrumpido por el Papa, que se levantó y salió dando visibles señales de descontento. Pocos segundos después se conoció la causa de esta desazón. Pío VI no se había preocupado ni de la belleza de la peroración, ni del Congo, ni de su situación en el globo terrestre; sólo había visto una cosa, un negro muy feo, cuya irritante fisonomía hirió la susceptibilidad de sus órganos visuales, y abandonó la sala recomendando que en lo sucesivo no le pusiesen más delante de sus ojos semejantes monstruos.

Tal fué el resultado alcanzado por los directores del colegio de la Propaganda.

En desquite, algunos meses antes, el 6 de octubre de 1787—la fecha quedó grabada en la memoria de los que rodeaban a Su Santidad—la Providencia había otorgado una viva satisfacción a Pío VI: la *princesa-duquesa*, la señora Constanza Onesti, había dado a luz un robusto varón.

Llámase en Roma *princesa-duquesa* a la mujer de uno de los sobrinos del papa a quien éste nombra príncipe-duque; los demás sobrinos son, en general, cardenales.

La *princesa-duquesa*, esto es, la mujer del príncipe-duque Onesti-Braschi, era por varios conceptos, según se decía, estimada de Su Santidad: por lo pronto, como sobrina, por haberse desposado con su sobrino; luego, como hija de la querida del cardenal Rezzo-

nico, la bella Julia Falconieri, de quien el propio pontífice había sido el amante. Muchos decían, por consiguiente, que la *princesa-duquesa* conservaba con respecto al papa unos vínculos que éste afectaba desconocer; y, en efecto, Pío VI rechazaba con todas sus fuerzas esa paternidad, respetuoso de los principios religiosos, que no le prohibían el adulterio, pero que se revelaban contra el incesto.

Con motivo de este alumbramiento, habíanse celebrado grandes festejos en Roma, y todos los cardenales y preladados habían testimoniado su regocijo y su adhesión a Su Santidad colmando de regalos a la *princesa-duquesa*.

El marido de ésta, que yo encontré en las reuniones de la *princesa Borghese*, era un hombre bastante guapo, de formas atléticas, venido para recibir el título de príncipe-duque, de su pequeña ciudad de Cesena. Su ignorancia era extrema; y cuando, en Roma, se quería hablar de un hombre llegado a los últimos límites del idiotismo, se decía: «Bruto como el príncipe duque».

La primera vez que vino a casa de la *princesa Borghese*, a su llegada de Cesena, orgulloso de su condición de príncipe-duque y de la genealogía que un erudito romano acababa de descubrirle, pidió un vaso de agua a la dueña de la casa.

El príncipe-duque estaba recostado en la chimenea.

—Tire usted dos veces del cordón que está a sus espaldas—le dijo la *princesa*.—y será usted servido.

El príncipe-duque obedeció; ignoraba el manejo de las campanillas. Su asombro fué mayúsculo, no bien hubo sacudido dos veces el cordón, viendo entrar un criado con una bandeja llena de pastas y refrescos. Se le explicó, para satisfacer su curiosidad, el mecanismo de las campanillas, lo cual excitó su admiración en sumo grado.

Tanto fué su asombro, que en vez de volver a su casa, el príncipe-duque se encaminó al Vaticano, y despertó a su tío para comunicarle el descubrimiento que había hecho.

El papa, que estaba acostado, tiró del cordón de la campanilla pendiente en la cabecera de su cama, y dijo al camarero que acudió al llamamiento:

—Acompañe a monseñor Onesti, y otra vez, antes de permitirle entrar a estas horas, averigüe si lo que viene a decirme vale la pena de interrumpir mi sueño.

Esta ignorancia del príncipe-duque se extendía a todo. Algunos días después encontré a Su Alteza en el domicilio de la marquesa Bocca Paduli-Gentili. Se habló de la literatura inglesa y de la francesa; de Shakespeare, de Ben Johnson, de Racine, de Corneille, de Moliere.

El príncipe-duque permanecía con la boca cerrada; no conocía a ninguno de esos señores y oía hablar de ellos por vez primera. Sir Guillermo, a propósito de la tragedia de *Mahomet*, dedicada a Ganganelli, pronunció el nombre de Voltaire.

—¡Ah!—exclamó el príncipe-duque saltando de alegría en su sillón,—a ése le conozco. Es un monje alemán que ha dado mucho que sentir a la Santa Iglesia.

El buen príncipe había confundido a Voltaire con Lutero.

Al día siguiente nos encontramos juntos en la Embajada de Venecia. Se habló de Viena y de la galería imperial de cuadros.

El príncipe-duque, en su entusiasmo artístico, dijo:

—Si yo residiese en Viena, pasaría mi vida en esa galería, contemplando el cuadro de *la Noche*, de Correggio.

Nos miramos. Todos sabíamos que *la Noche* de Correggio había sido comprada por Augusto III, elector de Sajonia, y que ese cuadro se encontraba en Dresde.

Lord Hervey, duque de Bristol, obispo de Derry en Irlanda, no pudo dejar sin su merecido tamaño rasgo de ignorancia.

—¡A fe mía, monseñor—le dijo,—que me pesa tener que contradecir a un hombre de su saber, pero no vacilo en afirmar que está usted equivocado, y que el cuadro que le hace desear vi-

vir en Viena para poderlo contemplar a su gusto, está a la hora de ahora, no en Viena, sino en Dresde!

—¡ Bueno!—repuso el príncipe-duque; —¿ querrá usted saberlo mejor que mi tío, que me lo ha dicho, y que, en su cualidad de papa, es infalible?

—Monseñor—replicó lord Hervey, —aduce usted un mal argumento; yo soy obispo protestante, y, por lo mismo, no reconozco la infalibilidad de su tío.

Ya tengo dicho algo referente al orgullo del príncipe-duque fundado en la genealogía que él había inventado.

He aquí la verdad sobre la tal genealogía.

Angel Braschi pertenecía a una familia noble, pero pobre, de Cesena; su hermana se había casado con un modesto burgués de dicha población llamado Onesti, comerciante que nunca tuvo la intención de ocupar un sitio en la carroza del rey de Francia.

Así que, cuando el sobrino del papa fué nombrado príncipe-duque, por Su Santidad, hubo necesidad de buscarle una descendencia digna de su jerarquía.

Afortunadamente, un genealogista leyó estas palabras en la *Vida de San Romualdo*, escrita en latín:

*Romualdus, ex Honestis parentibus natus.*

El genealogista asió la ocasión de los cabellos, tomó el adjetivo *honestis* por el nombre patronímico del santo, e hizo imprimir con gran lujo tipográfico una obra en la que demostraba que San Romualdo pertenecía a una familia Onesti, de la que descendía en línea recta el sobrino del papa.

En virtud de esa genealogía, el primogénito del príncipe-duque, el niño cuyo nacimiento, en 6 de octubre de 1787, había promovido tan viva satisfacción en la corte de Roma, recibió de su tío en la pila bautismal, el nombre de Romualdo.

## XXXI

He dicho que las conversaciones romanas eran aburridas; pero rectifico, diciendo que yo las encontraba divertidas y hasta extraordinarias.

Las romanas son guapas sin duda alguna, pero más en el pueblo que en la aristocracia. No es raro encontrar entre las transtiberianas y entre las campesinas de los alrededores de Roma tipos que recuerdan las madonas de Rafael; pero repito que esos tipos son casi todos populares.

En el mundo nobiliario, las bellezas escasean; así que, mi aparición en los salones romanos fué un acontecimiento sensacional.

Era casi una revolución entre los prelados y cardenales.

Es preciso, en primer término, decir en qué consiste generalmente una tertulia romana, cuando un gran suceso como el de mi presencia no origina confusión ni trastorno.

En las tertulias de Roma, el tiempo transcurre entre formulismos impuestos por la etiqueta. La alegría no existe, ni siquiera en el seno del elemento juvenil. El temor se oculta en todos los corazones; la desconfianza se refleja en todos los ojos. En vez de entregarse a las expansiones, como en Francia y en Inglaterra, los contertulios se miran los unos a los otros, se examinan, y todos enmudecen de miedo de comprometerse. Los extranjeros no participan de los mismos terrores, pero la frialdad de los demás se extiende a todos en general.

Toda la sociedad tiene el aspecto de un inmenso reloj cuyas ruedas están paradas a intervalos, tomando de nuevo su movimiento mediante sacudidas, para volverse a parar. Afortunadamente, se juega de firme; pero, aunque yo

era muy aficionada al juego, prefería entregarme al estudio de lo que me rodeaba, calculando que siempre tendría ocasión de tomar la baraja. Si la dueña de la casa no juega, se apodera de alguna Eminencia o de algún ministro, y conversa con él mientras dura la reunión; los demás personajes revestidos de alguna dignidad hacen otro tanto, y sus conversaciones son tan graves y silenciosas, que entre cincuenta interlocutores se percibiría el vuelo de una mosca. La inmovilidad de todos ellos, me recordaba la de los senadores de la antigua Roma sentados en sus sillas curules y esperando la muerte de mano de los Galos.

Cuando en la tertulia hay tres o cuatro cardenales, la situación se hace más incómoda para los presentes; esas Ilustrísimas Eminencias se pasean sin cesar; hay que cederles el sitio preferente, saludarlos profundamente y tener cuidado de no pisar la enorme cola de su hábito. Los modestos prelados que los rodean, caminan inclinados y aplauden a cada palabra que la Eminencia se digna dejar escapar de sus sagrados labios.

Mi llegada a Roma y mi introducción en los círculos sociales levantó un verdadero trastorno. Las Eminencias, en vez de pasearse, formaban corro en torno mío, y, como yo hablaba el italiano con soltura, y pocos de ellos el francés y ninguno el inglés, estaban encantados de poderme ofrecer sus cumplimientos, tan insulsos como afectados, en la lengua donde vibra el *si*, como dice Dante.

Uno de los más asiduos en cumplimentarme, era lord Hervey, obispo de Derry, y como quiera que me hablase en inglés, que tenía, si no ingenio a lo menos originalidad, y que nos refamos de lo que mutuamente nos contábamos, los encumbrados personajes que nos rodeaban se entregaban a toda suerte de comentarios.

La conversación que yo encontraba más agradable, era la de la marquesa de Santa-Croce, en cuya intimidad sólo se admitía a una sociedad selecta y compuesta casi exclusivamente del cuerpo diplomático; por lo que fué ad-

mitida, en mi calidad de consorte de lord Hamilton.

Había yo solicitado con mucha insistencia ser presentada a la marquesa de Santa-Croce, porque sabía que a las diez de la noche se encontraba a su lado el cardenal de Bernis, y deseaba conocer a ese admirable anciano cuyas poesías denominadas por él sus *pecados de juventud*, me eran conocidas, por haberlas leído.

El cardenal de Bernis tenía a la sazón setenta y tres años y nada había perdido de su imaginación, y aun diré que ni de su juventud. Ostentaba en Roma el título de protector de Francia. Se sabe que después de haber desempeñado un papel en la diplomacia europea, recibió órdenes menores, se trasladó a París, donde publicó versos galantes, se congració con *madame* de Pompadour, entró en la Academia a los veintinueve años, progresó rápidamente después de la muerte del cardenal Fleury, fué nombrado embajador en Venecia, y llegó a cardenal. Como ministro de Estado, firmó el tratado de alianza con Austria, y durante la guerra de los Siete Años vióse privado del favor de que gozaba, por haber aconsejado la paz, contra el parecer de *madame* de Pompadour; pero, habiendo fallecido ésta en 1764, el cardenal de Bernis fué nombrado arzobispo de Alby, y cinco años más tarde embajador en Roma. Durante los primeros años de residencia, desempeñó un papel muy brillante; y cuando España recobró su influencia cerca de Roma, el cardenal mantuvo a Francia en buen lugar.

El mismo día de ser presentados a Su Eminencia, nos invitó para el siguiente a comer en su compañía.

Sabíamos de antemano que la mesa del cardenal de Bernis era excelente, y que, contra la costumbre observada en Roma, la servidumbre no iba a exigir de los convidados el precio de la comida del día antes.

El cardenal vivía con mucho boato, y bastaba haber sido presentado a él una sola vez para tener un cubierto en su mesa. Sus gastos no interrumpidos, mejor dicho, sus continuados despilfa-

rros, le conducían a la ruina, tanto más cuanto que su familia, encargada de la administración de sus bienes en Francia, *inventaba* cada año, para no tener que enviarle fondos, ora una sequía, ora una inundación; y, cuando no podía achacar la culpa a los elementos de la Naturaleza, eran las reparaciones sufragadas lo que les impedía hacer el envío de dinero.

El amable viejo me contaba riendo todas estas cosas, y, coqueteando conmigo, me decía:

—Por fortuna, tengo setenta y tres años, y siempre me quedará lo suficiente para llegar hasta el fin.

¡Ay! el digno varón se engañaba. Destituído tres años más tarde, por su oposición a la Revolución francesa, despojado de toda su fortuna, pasó de una renta de cien mil escudos romanos a una penuria que degeneró en miseria, falto de los socorros que para él había obtenido de la corte de España el caballero de Azara, amigo suyo.

Encontramos en casa del cardenal de Bernis a éste digno español, sobre cuya honradez y cortesía no había en toda Roma más que una sola opinión. El y su corte (la de Carlos III), estaban momentáneamente en cuestiones de delicadeza con Su Santidad, a propósito de un pequeño escamoteo que el Papa había hecho y del cual, a pesar de sus instancias, no había podido obtener justicia.

Como todo el mundo sabe, la compañía de Jesús fué expulsada, en 1767, de España y de Nápoles, y abolida por fin en 1773 por Clemente XIV, que sobrevivió sólo dos años a dicha abolición.

Aunque el rey Carlos III tenía ojeriza a los miembros de la mentada Compañía, por haber, en ocasión de su nacimiento, propalado la especie de que era hijo del cardenal Alberoni, y no de Felipe V, su venganza se limitó a expulsarlos de sus Estados y de los de su hijo Fernando; pero continuaba pagándoles sus pensiones en excelentes pesos fuertes españoles.

Destinada al pago de dichas pensiones, había llegado a Civita-Vecchia una importante cantidad en efectivo.

Pío VI hizo depositar aquellos fondos en la casa de la Moneda.

En vez de proceder a su distribución entre los jesuitas, Su Santidad mandó fundir las monedas con un cuarto de aleación, y fabricar otras nuevas con el sello de las italianas, y con ellas hizo el pago, obteniendo con esta combinación un beneficio que, según aseguró Jenkins, el banquero de sir Guillermo, se elevaba a veinticinco por ciento.

Los jesuitas y el caballero de Azara reclamaron, pero sus reclamaciones fueron inútiles; por lo que elevaron un memorial al rey Carlos III pidiendo que en adelante se les pagase directamente y por mediación del embajador de España.

Nada significa esto, comparado con lo que se cuenta de los medios empleados por el soberano pontífice para procurarse dinero, o más bien para aumentar la fortuna del príncipe-duque y del cardenal Onesti, sus dos sobrinos.

En los días de nuestra llegada a Roma, Pío VI, a pesar de su poder temporal y espiritual, estaba a punto de perder un pleito que indudablemente habría ganado, en condiciones más ventajosas para Su Santidad. Pero se tratada de un asunto injusto, inicuo.

He aquí el hecho.

Había en Roma un ganapán de los suburbios de Milán, que, con su trabajo de mozo de cordel, había amasado la respetable suma de ochocientos mil escudos romanos (cuatro millones cuatrocientos mil pesetas).

Llamábase Lerí.

Tenía tres hijos: Amasis, José y Juan.

Repartió su fortuna entre ellos, poniendo por condición que la parte de cada uno de los hermanos que falleciese sin dejar hijos varones, pasase a los demás.

Juan, el mayor, murió sin descendencia poco tiempo después que su padre; después murió José, dejando una hija, Ana María. Quedaba el tercero, Amasis, que se había hecho sacerdote y que, por lo tanto, estaba exento de tener hijos.

¡Lo justo hubiese sido que todo, ha-

ta la herencia del sacerdote pasase a la hija, ya que ninguno de los fallecidos había dejado hijos varones.

Pero no fué así. El sacerdote pretendió que todo debía ser suyo, y se apoderó de la fortuna total, con perjuicio de Ana María, a cuya madre no profesaba ninguna estimación.

Ana María incoó un pleito contra su tío.

Entonces, el sacerdote, abusando de su influencia, sobornó a los testigos para que declarasen, como así lo hicieron, que Ana María no era hija legítima.

Esta captación sublevó los ánimos de todo el mundo.

El ruido del pleito llegó a oídos del Papa, que olfateó un buen negocio. Encargó a un tal Nardini que fuese a ofrecer a Amasis un capelo cardenalicio y una renta cuyo monto se fijaría más adelante; haciéndole presente al mismo tiempo, que, habiendo su padre ganado toda su fortuna en los Estados de Su Santidad, era de justicia que fuese revertida a Su Santidad.

Amasis vió en aquella proposición un medio de satisfacer su orgullo y su odio; hizo donación de todos sus bienes al Papa, remitiéndose a su generosidad en lo tocante a la indemnización prometida.

El Papa puso en el acto al príncipe-duque en posesión de esta fortuna; pero no se acordó de la renta ni del capelo ofrecido.

Amasis reclamó, pero sin resultado.

El remordimiento de haber cometido sin provecho una mala acción, se apoderó de Amasis. Hizo testamento en el que consignaba que la donación hecha a Su Santidad era a consecuencia de una captación y de malos consejos, añadiendo que lo que principalmente le había movido, era el rencor que sentía por su cuñada, cuyo perdón demandaba, confesando su crimen y revocando la donación.

Nardini, el agente de Su Santidad, a quien sin duda no se le había pagado comisión, se alió con Amasis, declarando que se arrepentía de haber secundado a Pío VI en aquella acción abominable.

El testamento de Amasis y las confesiones de Nardini fueron públicas muy pronto, y la murmuración se extendió por todas partes. Pero el Papa se limitó a declarar que los actos de munificencia de Amasis en su favor eran un milagro del apóstol San Pedro, y que no podía oponerse a una protección manifiesta del santo a favor del que había de sucederle en la silla apostólica.

Como quiera que en aquella época el Papa tenía setenta y un años, Ana María y su madre decidieron esperar a la muerte de Su Santidad, para dirigir el pleito, una vez acaecida, contra el príncipe-duque.

Esta resolución asustó a Pío VI.

Muerto él, no quedaría quien tuviese poder bastante para hacer inclinar la balanza de la Justicia.

Obligó, pues, a Ana María a hacer valer sus derechos; pero el interés que inspiraba la pobre muchacha a quien se quería despojar, se hizo tan general, la injusticia contra la cual ella reclamaba era tan evidente, que los jueces advirtieron a Su Santidad que no podían dejar de dictar sentencia contra él, y le aconsejaron una transacción.

En su virtud, el Papa hizo proposiciones a Ana María, de quien se decía que aceptaría la mitad de los bienes de su abuelo, dejando la otra mitad al príncipe-duque, el cual vendría a percibir dos millones doscientas mil libras.

No era para él un arreglo muy honroso, pero, en cambio, era muy conveniente.

## XXXII

Se explica que, dada mi afición al teatro, lo primero que hiciera en llegando a Roma fuese pedir a sir Guillermo, que me llevase a un espectáculo teatral.

Mi curiosidad crecía de punto recordando haber oído que en Roma se acostumbraba hacer representar por mozalbetes los papeles de mujer.

Después de todo, no sé si pueden ser llamados mozalbetes esas criaturas neutras encargadas de reemplazar a las mujeres. Entre los griegos, apasionados adoradores de la belleza, la fantasía plástica había inventado al hermafrodita, conjunto de todo lo que determina la belleza en los dos sexos, y que era a la vez Hebe y Ganimedes.

Los romanos han inventado un ser especial, que no pertenece ni a un sexo ni al otro, y que no es ni Hebe ni Ganimedes.

Por esos singulares individuos los prelados romanos cometen, en toda edad, todo género de locuras, lo mismo que nuestra juventud dorada, en Londres y en París, por las bailarinas y coristas de la Opera.

Sir Guillermo me acompañó al teatro Valle. Se representaba *Armida* de Cluck, y el papel de la protagonista estaba a cargo de un joven cantante que gozaba entonces del más alto favor de la prelación romana.

En el momento de salir a escena y antes de haber emitido la primera nota, la sala en masa estalló en aplausos. Graves prelados, viejos cardenales, cuyo severo aspecto me había impresionado, llevaron su contento a un grado máximo, cuando aquel... ¿cómo lo diré?... cuando aquél *objeto* salió de entre bastidores.

Su éxito fué inmenso.

En nuestro palco estaba el cardenal Breschi-Onesti, hermano menor del príncipe-duque, que, salido apenas de una grave enfermedad, había considerado que una pasión por ese nuevo *Sporus* no tenía nada de peligrosa para un convaleciente. Nos contó con orgullo que la enfermedad de que acababa de salir tenía por origen un completo agotamiento de fuerzas, sobrevenido a consecuencia de una orgía en la que había apostado triunfar de los cinco mejores bebedores y de las cinco cortesanas más hermosas de Venecia.

Estuvo en trance de muerte, pero ganó la apuesta.

El cardenal Breschi-Onesti era uno de los más entusiastas adoradores de la estrella escénica que a la sazón estaba en boga. Ofreció a lord Hamilton acompañarle al camarín de Armida, prometiéndole que presenciara el tocado de la maga, que cambia de traje en el segundo entreacto.

Pregunté si las señoras concurrían. Respondióme que no era costumbre, pero que seguramente, en mi condición de extranjera, sería bien recibida por el *signor* Veluti (nombre del transformista), máxime si yo le dirigía algunos elogios, y que, por lo demás, el *signor* Veluti era un ferviente devoto de las mujeres bonitas.

El cardenal hizo abrir la puerta de comunicación entre la sala y el teatro; atravesamos el escenario y penetramos en un corredor que conducía al camarín de Armida, delante de cuya puerta se agolpaba una multitud de amigos y admiradores.

Pero, a la vista del cardenal, todos se apresuraron a dejarnos franco paso.

Entramos en un aposento cuya elegancia podía competir con la del tocador de la más atildada señora del gran mundo.

El ídolo estaba delante de su altar, es decir, de su tocador. Recibió al cardenal con la más encantadora sonrisa, y le preguntó cómo se atrevía a presentarse ante él sin ofrecerle un ramillete o una caja de bombones.

El cardenal Breschi-Onesti sacó de su dedo meñique un brillante evaluado en unos mil escudos romanos, y lo colocó en el índice del *signor* Veluti, rogándole que aceptase aquella sortija en substitución del ramillete. Teniendo—dijo,— el honor de acompañar al espectáculo al embajador y a la embajadora de Inglaterra, ignoraba si le iba a ser posible pasar a ofrecerle sus respetos; pero sir Guillermo Hamilton y su esposa habían manifestado deseos de ver de cerca al gran cantante, y él había aprovechado esta oportunidad para venir a expresar a su artista favorito la admiración que había producido en el primer acto de *Armida*. Esto dicho, el cardenal nos presentó al *signor* Veluti, que tuvo a bien dispensar

a sir Guillermo Hamilton el honor de darle a besar su mano, y a mí el de invitarme a tomar asiento.

Sea que nuestra condición de extranjeros fuese una recomendación a sus ojos, sea que se sintiese halagado de recibir la visita del embajador de una potencia de primer orden, el *signor* Veluti se mostró muy deferente para con nosotros; dirigióme las más tiernas miradas, y nos dijo que, si lo permitíamos, se consideraría muy feliz en devolvernos la visita.

Fácil es comprender que no tuvimos inconveniente en aceptar tan señalada honra.

Luego, dirigiéndose a mí, me suplicó le dijese la clase de opiata con que me frotaba los labios y la marca del dentrífico de que me servía. Le respondí que nunca me había servido, para mis dientes, más que de agua pura, y que, con respecto a los labios, eran naturalmente del color que veía.

El *signor* Veluti no creyó en la posibilidad de semejante milagro, cogió la bujía y me pidió permiso para mirar de cerca mis labios y mis dientes, examen a que accedí con el mejor agrado, y después del cual el *signor* Veluti manifestó que, a no dudar, era yo una de las más hermosas criaturas que en su vida había visto.

Y se acercó a su tocador, coqueteando con sus admiradores y dejando de vez en cuando escapar de su garganta algún gorgorito, que los concurrentes se apresuraban a aplaudir.

Todos, o casi todos los visitantes pertenecían a la alta prelación, y era cosa digna de ver los empeños que ponían para obtener una mirada, una sonrisa, una palabra de la apócrifa Armida. Viendo todo aquello, creía estar soñando; y sonreía al ver tales demostraciones de respeto dadas por hombres que el pueblo consideraba venerables a aquel ídolo que sumaba una unidad más en el número de los falsos dioses reunido en el panteón de las herrijas humanas.

El sonido de una campanilla anunció que iba a levantarse el telón.

El *signor* o la *signora* Veluti, como quiera entenderse, me dijo:

—No puedo hacer que sea usted más bella de lo que es; pero puedo hacer por usted lo que la sibila de Cumea olvidó de pedir a Apolo: puedo, por mi arte mágico, hacer que sea usted eternamente hermosa.

Y pronunciando algunas palabras que tenían la pretensión de ser cabalísticas, me hizo una reverencia y se alejó contorneándose y vocalizando con una nitidez y precisión que, ciertamente, no dejaban nada que desear.

Salí muda de asombro y volví a mi palco, situado bastante cerca del escenario para poder ser reconocida del *signor* o la *signora* Veluti, que tuvo la amabilidad de hacerme blanco de sus miradas más penetrantes, y de dedicarme sus más difíciles trinos.

Al día siguiente recibí la visita del conde de Bristol, a quien expliqué los inauditos acontecimientos de la noche anterior. Se echó a reír y me dijo que en la alta prelación de Roma existía un octavo pecado capital denominado *el pecado noble*; los prelados lo prohibían, pero con tanta benignidad, con tan rara fatuidad, que, incurrir en él, antes bien parecía motivo de satisfacción que de censura.

Es verdad que, cerca del conde, inglés y obispo protestante, los prelados guardaban cierta reserva; pero eso no impedía que monseñor de Bristol no tuviese, acerca de las costumbres romanas, los pormenores más curiosos y más increíbles.

El *signor* o la *signora* Veluti vino a devolverme la visita a las cinco de la tarde; pero mandéle decir que los preparativos de viaje me obligaban a suspender toda recepción.

La misma noche que precedió a mi partida; ocurrió un hecho extraño que dará idea de la manera cómo se conduce la policía en Roma y cómo Su Santidad Pío VI entendía la aplicación de la justicia.

A cincuenta pasos de nuestro hotel, en la plaza de España, se había intentado un robo, sobre las dos de la madrugada, en la relojería del Vaticano. Rovaglio, el relojero, sus hijos y dos criados se habían defendido; uno de los ladrones quedó tendido, y otro fué

encontrado moribundo en una esquina de la calle del Babuino.

Pocas horas después todo Roma sabía que Rovaglio se había hecho justicia con su propia mano.

No era la primera vez que habían intentado robar su joyería, muy bien surtida de relojes y alhajas.

Cada vez había prevenido a la policía; pero el prelado Busca, encargado de la seguridad pública, respondía siempre con evasivas, sin decidirse a tomar medidas eficaces contra los ladrones.

Viéndose así abandonado de quien estaba en el deber de protegerle, Rovaglio, aprovechando la ocasión de ir a dar cuerda a los relojes del Vaticano, procuró encontrar al Padre Santo; a quien contó lo que sucedía, pidiéndole protección directa contra los malhechores que robaban a mano armada.

—Mi querido Rovaglio—le respondió el Papa,—comprendo la crítica situación en que se encuentra usted; pero no puedo hacer nada. Puesto que monseñor Busca no quiere protegerle, no puedo obligarle a hacerlo. Defiéndase usted mismo.

—¿Cómo hacerlo, Santo Padre?—preguntó Ravaglio.

—Ocultese usted con sus hijos y con sus criados, bien armados, y cuando los ladrones se presenten en su casa, háganles fuego. Les doy por anticipado la absolución más amplia, y maten cuantos puedan.

Rovaglio siguió el consejo del Papa. Tomó el partido de defenderse, y dió muerte a dos bandidos.

El Papa le cumplió la palabra, absolviéndole públicamente de aquellos dos homicidios.

### XXXIII

No puedo dejar Roma sin hacer mención en este lugar de algunos apuntes sobre los hombres y las cosas. La comparación que hice de nuestras costum-

bres septentrionales con las del Mediodía quedaron tan hondamente fijadas en mi memoria, que, treinta años después, el retrato de los hombres y el relato de los hechos son de una exactitud tal, como si las líneas que se siguen hubiesen sido trazadas en 1788, a mi paso por Roma.

Lo que desde un principio llamó mi atención al llegar a Roma es la diferencia relativa que había en los precios de todo. Un coche de alquiler cuesta en Londres una guinea diaria; en París, diez y ocho libras; en Roma, siete u ocho solamente.

La misma proporción rige en los hoteles. En Londres, una habitación mediana, cuesta una guinea al día; en París, quince libras; en Roma, apenas diez libras.

Lo caro en Roma, no es el carruaje, ni los alquileres, ni la comida; es innegable que se come muy mal, pero lo que resulta caro, es la *buena mano*, en otros términos, la propina. No se visita la casa de una persona distinguida, un cardenal, por ejemplo, sin que al otro día los criados dejen de presentarse en la vuestra pidiendo una propina.

El arzobispo de Viena había encargado a sir Guillermo un paquete para el cardenal Buoncompagno; sir Guillermo, que no tenía ninguna necesidad de ver a dicho prelado, mandó el paquete a su destino por medio de un camarero. Al siguiente día, un mozo vestido de librea, vino a cumplimentar a sir Guillermo en nombre de su amo, y en el suyo, a pedirle una *buena mano*.

Sir Guillermo le respondió que nunca había visitado al cardenal Buoncompagno; que se había limitado a remitirle un paquete del que se había hecho cargo por pura complacencia, y que, por lo mismo, antes correspondía al cardenal Buoncompagno dar una propina al camarero de lord Hamilton, y no a éste gratificar al camarero del cardenal.

El perillán insistió, y sir Guillermo le hizo poner en la calle.

El banquero de mi esposo en Roma era un hombre demasiado notable pa-

ra que yo no me ocupe de paso en dedicarle algunas palabras. Llamábase Tomás Jenkins, era inglés de nacimiento, y primitivamente había cultivado la pintura; pero, habiendo comprendido que nunca pasaría de ser un pintor adocenado, se contentaba, sin descuidar las funciones de banquero, con ser un conocedor hábil, muy versado en la teoría de todo lo relacionado con la pintura, y al mismo tiempo un arqueólogo cuya opinión era mirada como infalible o poco menos, en materia de camafeos y de cuanto cae en el dominio de la arqueología.

La antigüedad le era muy familiar, y, para completar su elogio, diré que a menudo se le consultaba en casos de duda, y uno de los que a él acudían era el cardenal Alejandro Albani—que no se debe confundir con el cardenal Francisco—por el célebre Winkelmann, autor de la *Historia del arte en la antigüedad*; y también el ilustre Rafael Mengs, uno de los mejores pintores de la escuela moderna, fallecido hace diez años.

Esta amalgama del comercio de estatuas, medallas y camafeos, con el de banquero, había hecho de Jenkins uno de los más opulentos capitalistas de Roma.

Sir Guillermo retiró el dinero necesario para continuar el viaje, y, además, compró a su banquero dos o tres de sus más hermosas sortijas y de sus más hermosos camafeos, todo lo cual me regaló. Testigo de aquellas operaciones de compra venta, conservo de ellas un recuerdo imborrable.

Si era una medalla, Jenkins empezaba por hacer la historia de la reliquia aquella, que acababa vendiendo a buen precio. Cerrado el trato y pagándole el importe convenido, rompía en sollozos y suspiros. Un padre a quien arrancasen a su hija de su lado, no manifestaría un dolor tan agudo, que llegó al extremo de entermecirme.

—Milord—dijo a sir Guillermo,—si algún día se arrepiente de la compra que acaba de hacer, tráigame estos camafeos, estas sortijas y medallas, y le devolveré íntegro el importe que por tales objetos ha satisfecho usted, y con

ellos, me devolverá usted calma y consuelo.

Pero, lo raro del caso es que algunas veces, cogiéndole la palabra, le habían devuelto los artículos comprados, y Jenkins, siempre fiel a su promesa, había restituido íntegramente el dinero recibido, dando muestras de la más viva alegría viéndose nuevamente en posesión de las lloradas reliquias.

Fuese cálculo, fuese sentimiento verdadero de un arqueólogo que, como Cardillac, no se podía decidir a separarse de su tesoro, este proceder de Jenkins era una garantía para el comprador, que no podía creer haber pagado un objeto más de su valor, desde el momento que se le brindaba la restitución del mismo por una cantidad exactamente igual.

Presumo de expresar con el semblante las diferentes emociones del alma; pero reconozco que si Jenkins fingía, me dejaba muy atrás en el arte de reír y de llorar.

A nuestro paso por Roma, vimos también, aunque sin trabar intimidad, a un prelado que más adelante desempeñó tan importante papel en la corte de Nápoles, que considero deber presentarlo al lector. Me refiero al gran tesorero de Su Santidad, monseñor Fabricio Ruffo.

Era este prelado sobrino del cardenal Ruffo, decano del Sacro Colegio, que con aviesas intenciones tan eficazmente protegió a Angel Breschi en su carrera eclesiástica.

Hagamos justicia a Su Santidad, quien, ya en el trono de San Pedro, conservó tal gratitud al que le había allanado el camino, que su primer cuidado, una vez exaltado al solio pontificio, fué conceder al sobrino del cardenal muerto la misma dignidad que anteriormente había él recibido de Rezzonico por la protección de la hermosa Julia Falconieri. Nombró al joven Fabricio Ruffo gran tesorero, cargo que, he dicho ya en otro lugar, concede al que lo deja, derecho al capelo cardenalicio.

Monseñor Ruffo pasaba en Roma por hombre de muy claro entendimiento. Ferviente devoto del bello sexo,

profesaba, al contrario, profundo desprecio hacia los cantantes del género de aquel *signor* Veluti de quien he hablado. A la sazón cortejaba con gran asiduidad a una *signora* Lepri, emparentada con Ana María, de quien también tengo hecha mención; y, como no se ocultaba, sus amores eran del público dominio, lo cual les valió el honor de hacerse populares en unos versos satíricos, cuyo autor, un periodista de Florencia, fué castigado con un prolongado arresto. Desde el famoso libelista condenado a galeras por Sixto V, no se había visto un ejemplo de rigor semejante. Como aludo a una anécdota muy conocida en Roma, pero ignorada fuera de la ciudad eterna, acaso sea conveniente abrir aquí un paréntesis, y narrarla a título de exposición de costumbres.

Bajo el pontificado de Sixto V, un poeta llamado Marera compuso una sátira en la que se ultrajaba a la mujer de un alto funcionario, el cual se quejó al Papa. Severo, pero equitativo, Sixto V, envió a buscar al poeta, y le preguntó los motivos que le impulsaron a semejante atrevimiento. Después de algunas explicaciones que no satisficieron completamente al pontífice, por más que le hicieron sonreír a menudo, Su Santidad le preguntó cómo había, bajo su responsabilidad, podido señalar como cortesana a una mujer cuyo nombre era casi un símbolo de virtud.

—¿Tiene usted algún resentimiento de ella?—añadió Sixto V.

—No, Santidad—respondió el poeta, —ninguno.

—Entonces, ¿por qué la ha calumniado?

—Tenía necesidad de una rima, y su nombre me la proporcionó.

—¿Y usted, señor poeta, cómo se llama?—preguntó el Papa.

—Marera—contestó el interpelado.

—Pues bien, ahora voy a versificar yo, y puesto que su nombre me brinda una rima, allá van los siguientes pareados:

Cumple a usted, señor Marera,  
Ser remero de galera.

La sentencia pronunciada por el Papa se cumplió, y a cuantas solicitudes se le dirigieron en favor del culpable, Su Santidad respondió:

—A fe mía, es tan raro el consonante de las voces razón y rima, que, una sola vez que concierten, constituyen un acontecimiento digno de ser comprobado y de formar época.

Y el señor Marera, o Marere, fué destinado a empuñar los remos en las galeras de Civita-Vecchia, donde murió dejando dos volúmenes de poesías inéditas, perdidas para la posteridad, pues ningún editor tuvo el valor de publicarlas.

La víspera de nuestra partida, al salir del teatro Valle, fuimos a despedirnos del cardenal de Bernis, que Voltaire había bautizado con el nombre de *Babet la bouquetière* (la ramilletera).

En el domicilio del cardenal encontramos al conde de Bristol, obispo de Derry, que iba con la misma intención.

—¿Conque Su Grandeza abandona Roma?—pregunté a ese singular prelado cuya originalidad me llamaba la atención.

—Sí, hermosa compatriota.

—¿Cuándo es la marcha?

—Mañana.

—Si no es indiscreción, preguntaré a qué punto se dirige Su Grandeza.

—Mañana lo sabrá usted.

Al otro día, cuando habíamos almorzado, se presentó en nuestra casa y pidió hablar a solas con sir Guillermo, quien lo condujo consigo a su despacho.

Cinco minutos después, sir Guillermo volvió riendo y llevando de la mano al obispo.

—Querida Emma—dijo,—aquí tienes a milord Hervey que se lisonjea de haberse enamorado de ti, con tanta vehemencia, que le mataría la pena si se separase de tu lado. Solicita, pues, permiso de acompañarnos a Nápoles. Como supongo que no quieres la muerte de uno de nuestros más ilustres pares y más encumbrados dignatarios eclesiásticos, he accedido a su ruego, y Su Grandeza no espera más que tu asentimiento para ser el más orgulloso

de los hombres y el más feliz de los obispos.

No inspirándome ningún temor los setenta y dos años de monseñor de Bristol, estimé que no debía ponerme en abierta oposición con sir Guillermo Hamilton por causa de una tan inocente solicitud.

Tendí la mano a monseñor de Bristol, que él besó con señales de viva alegría, y se determinó que desde aquel momento quedaba agregado monseñor Bristol a la embajada de Inglaterra con el carácter de gentilhombre a mi servicio.

## XXXIV

Salimos de Roma en dos coches de posta, acompañados de los seis criados del conde de Bristol y los dos nuestros, todos ingleses, fuertes y animosos, formando una verdadera escolta capaz de defendernos en el probable caso de ser asaltados por los bandidos que infestaban las campiñas romanas.

Siempre he tenido grandes deseos de aumentar el caudal de mis pobres conocimientos, por lo que era para mí motivo de verdadera satisfacción viajar en compañía de sir Guillermo Hamilton, porque, muy al corriente de la historia antigua, cuando narraba un hecho, citaba una fecha, describía un monumento, se podía aceptar todo lo que él decía como artículo de fe.

Salimos de Roma por la vía Apia, es decir, por la antigua puerta Apiana, dejando a nuestra izquierda el valle de Egeria, el circo de Caracalla, la tumba de Cecilia Metella, y a la derecha, las catacumbas de San Sebastián y los monumentos de la familia Aureliana.

Sir Guillermo mandó parar nuestro carruaje ante la tumba de la hija de Metelo el Crítico, donde reposaron las cenizas de aquella inteligente joven que conoció a César, a Pompeyo, a Cice-

rón, a Lúculo, y acaso los había reunido en su hogar, antes de separarlos la guerra civil con sus odios irreconciliables. No obstante sus setenta y dos años, mi escudero, el conde de Bristol, descendió del carruaje, y quiso a todo trance subir hasta la cima de la tumba de Cecilia Metella, para arrancar y traerme una rama de un granado que vegetaba entre las ruinas.

En llegando a Aqua-Ferentina, sir Guillermo nos mostró el sitio donde Clodio fué herido mortalmente por los gladiadores de Milón.

En Genzano, dejamos un instante los coches, y acompañados de cuatro de nuestros guardias armados, subimos hasta el lago de Nemi, uno de los más espléndidos de la campiña romana.

El conde de Bristol, que parecía haber retrocedido a los veinte años, no se separaba de nosotros un momento, y caminaba a nuestro lado, cuando no a la vanguardia.

La excursión duró una hora aproximadamente. Volvimos a ocupar los carruajes, y por una pendiente bastante rápida, rodamos hacia la laguna Pontina, que Pío VI tenía empeño en desecar, no por el bien público, no para conseguir el saneamiento de Roma, sino para aumentar los dominios territoriales de su sobrino el príncipe-duque.

A la mitad del descenso, nos cruzamos con una carroza que ya de lejos nos pareció como perteneciente a algún príncipe de la Iglesia. Y en efecto, al cruzarnos, reconocimos a monseñor Ruffo.

Nos detuvimos a indicación suya, que nos pidió un vaso de agua fresca para un pobre diablo que llevaba a Roma en su propia carroza, atacado de la terrible fiebre de la laguna Pontina.

Lo había encontrado tendido al pie de un árbol, se lo echó al hombro, lo acomodó en el vehículo y lo conducía a Roma para que le cuidasen.

En su calidad de gran tesorero, monseñor Ruffo iba a menudo a visitar los trabajos que se llevaban a cabo por cuenta de Pío VI, y a pagar a los obreros.